

La barbarie científico-técnica

Ildefonso Murillo

Director de la revista Diálogo Filosófico



Cultura y barbarie son dos palabras correlativas. Según lo que se entienda por cultura, barbarie será una cosa u otra. Si creemos que la ciencia ocupa el puesto supremo de la cultura, conforme nos alejamos de ella nos acercamos a la barbarie o incultura. Es la típica posición del cientificismo. El progreso de las ciencias empíricas presupondría un avance de la cultura. En un folleto informativo de la Unión Soviética, poco antes de su desintegración, podíamos leer lo siguiente: «Gracias a la profunda transformación social y económica en la vida de la sociedad soviética y al rápido desarrollo de nuestra ciencia, con el correspondiente aumento del nivel cultural del pueblo, la mayoría de los habitantes de la Unión Soviética son ateos». La religión pertenecería a etapas de atraso cultural. Conforme avanza la ciencia, retrocedería la religión.

Esa interpretación de los hechos no es exclusiva del marxismo. Desaparecido éste, no ha perdido su vigor. El prestigio de la ciencia se sigue utilizando abusivamente en favor de concepciones del hombre y de la naturaleza que nada tienen que ver con ella. Podríamos hablar de una utilización ideológica o deformada de un logro indudable de la inteligencia humana. Si es cierto que ciencia no se identifica con barbarie, no lo es menos que cultura no se identifica con ciencia.

Los espejismos de la ciencia

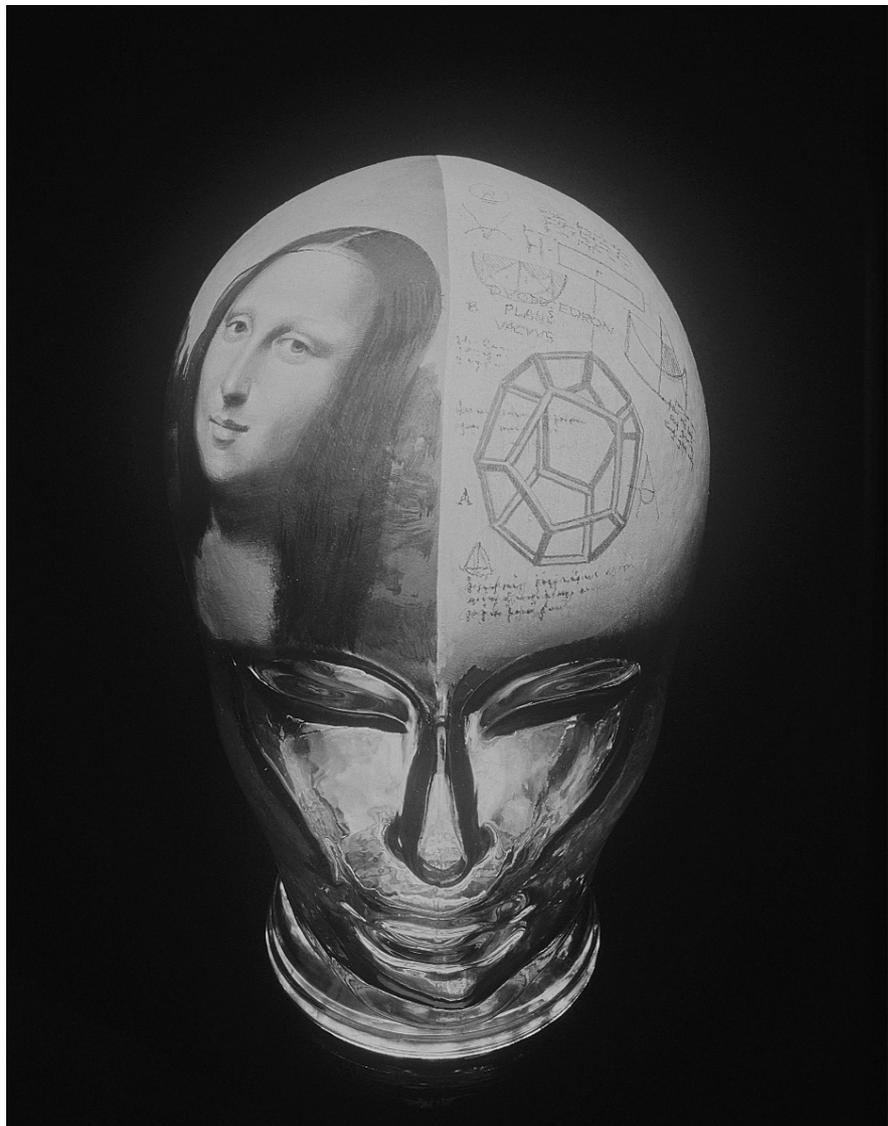
El que la ciencia pueda realizar tareas positivas en el ámbito de la existencia humana, mediante la técnica y por otros caminos, no nos autoriza a confiar en ella como el supremo juez en todas las cuestiones. Donde acaba la ciencia no termina el enigma del hombre y de la naturaleza. Elementos importantes de la cultura, sin los cuales la persona humana pierde sus raíces y su sentido, escapan al modo de saber de la ciencia y al tipo de praxis de la técnica. Bien lo comprendió Husserl a principios del siglo xx. En *La crisis de las ciencias europeas* (1936) alerta sobre la gravedad de la positivización del saber. Nuestra cultura debe abandonar su ciega confianza en las ciencias positivas. De ello depende el auténtico futuro del hombre: «La exclusividad en que la total concepción del

mundo del hombre moderno se dejó determinar durante la segunda mitad del siglo XIX por las ciencias positivas y se dejó cegar por la 'prosperity' a ellas debida significó un indiferente apartarse de las preguntas que son decisivas para una auténtica humanidad. Puras ciencias de hechos hacen puros hombres de hechos... Estas ciencias excluyen precisamente las cuestiones que son más acuciantes para el hombre abandonado a los más azarosos trastornos en nuestros funestos tiempos: las cuestiones acerca del sentido o sin-sentido de toda la existencia humana». Recordemos que, cuando Husserl escribió estas palabras, había comenzado la persecución de los judíos en Alemania. Y Husserl era judío.

A las ciencias humanas se las pone al mero nivel de constatación factual. Se atiende exclusivamente a lo que es de hecho el mundo físico y el humano. Tales ciencias, por tanto, no nos pueden enseñar nada sobre el hombre en cuanto es libre en sus posibilidades de configurar racionalmente su ambiente y a sí mismo. Menos aún pueden responder a las últimas preguntas o preguntas metafísicas acerca de Dios, de la inmortalidad y de la libertad, preguntas que «exceden el mundo como universo de los puros hechos».

La existencia humana dentro del mundo carecería de sentido, pues a las puras ciencias de hechos se les escapa nuestro verdadero ser. No constituyen una excepción las ciencias históricas, las cuales enseñarían que todas las obligaciones, ideales y normas de la vida humana se forman y disuelven de nuevo como fugaces olas.

Quizás exageró Heidegger al afirmar que las ciencias naturales, en vez de un saber sobre la naturaleza, son un saber hacer, es decir, tecnología. Que se cultiven a causa de sus aplicaciones técnicas no implica que no haya en ellas un conocimiento teórico de lo que son las cosas al menos fenoménicamente. La diferencia de Heidegger respecto de Husserl en tantos puntos no impide que am-



bos coincidan en la denuncia de las consecuencias deshumanizadoras del conocimiento científico-técnico. Una autocomprensión *positivista* de las ciencias naturales y de las ciencias humanas, impulsada por la creciente recepción de la teoría de la ciencia y de la filosofía anglosajona y por una nueva ola de hostilidad tecnológica contra la historia, junto con la reducción de la filosofía a análisis del lenguaje de las ciencias o del lenguaje en general, nos deja desamparados respecto a las preguntas últimas con las que se enfrenta todo hombre que piensa.

Un análisis de las ciencias centrado en ellas mismas, en sus métodos y contenidos, jamás descubrirá sus pre-

LA BARBARIE

supuestos. Habrá, más bien, un intento de someter al imperio de la razón científico-técnica al mismo hombre en todas sus dimensiones. Habría un proceso constante de avance, al parecer, incontenible de la barbarie.

No considero la investigación científica como un fin en sí. Pienso que es necesario reflexionar sobre las condiciones y los límites de la ciencia en el conjunto de la vida humana. Precisamente es lo que requiere nuestra situación intelectual. La ciencia sólo podrá ejercer un efecto beneficioso en nuestra sociedad, dejando de contribuir a aumentar la barbarie en nuestro mundo, si nos hacemos conscientes de sus límites y del carácter condicionado de sus contenidos y métodos, en definitiva, del espacio de su libertad.

Sobre la base de la ciencia, nuestro mundo occidental ha sido convertido en un enorme taller. Los avances en las ciencias de la naturaleza y de la sociedad expresan la voluntad de dominación de unos hombres sobre la naturaleza y sobre otros hombres. La llamada «razón instrumental» no deja de avanzar actualmente, ampliando el ámbito de la barbarie, entre protestas y parabienes.

Constatamos que después de la segunda guerra mundial y de la espada de Damocles de las armas bacteriológicas y atómicas, del horizonte ambiguo de la ingeniería genética, de los avances que hoy se producen en el campo de la biología, ha desaparecido la fe ingenua en el progreso científico. Sin embargo, las ciencias siguen siendo consideradas como el conocimiento más fiable y deseable.

Ortega y Gasset, Zubiri, los pensadores de la Escuela de Francfort y otros filósofos y teólogos del siglo xx insisten en esta misma línea de reflexión. Por ejemplo, Marcuse ve en la explotación filosófica de esa positivización por parte de los filósofos neopositivistas un obstáculo para el progreso de la sociedad humana.

Ese prodigioso modelo de saber que se configuró en el siglo xvii, la física moderna, donde se han inspirado y se inspiran las ciencias positivas o empíricas, prima el objetivo de la exactitud matemática. Pero la exactitud matemática implica la cruz del determinismo. Las ciencias empíricas no saben qué hacer con la libertad.

El progreso científico-técnico como camino de plenitud humana, de liberación total, por tanto, ha resultado ser un mero espejismo.

El sabio ignorante

De ese modo, la ciencia se ha convertido en un camino de barbarie. Durante el siglo xx se desarrolló extraordinariamente el «sabio ignorante», un señor que se comporta en todas las cuestiones que ignora con toda la petulancia de quien en su cuestión especial es un sabio. Se

considera, con frecuencia, al hombre de ciencia como la cima de la civilización europea. Y no lo es ni lo puede ser. Como escribía Ortega a principios del siglo xx, en su obra *La rebelión de las masas*, caracterizando un proceso histórico que se había puesto en marcha, «la ciencia misma —raíz de la civilización ‘occidental’— lo convierte al ‘científico’ automáticamente en hombre-masa; es decir, hace de él un primitivo, un bárbaro moderno». Para realizar el progreso de la ciencia, los hombres de ciencia han ido recluyéndose en un campo de ocupación intelectual cada vez más estrecho, y, lo que es más grave, progresivamente han ido «perdiendo contacto con las demás partes de la ciencia, con una interpretación integral del universo, que es lo único merecedor de los nombres de ciencia, cultura, civilización europea».

La ciencia, dejada a sí misma, a su dinámica de especialización creciente, de utilización instrumental del mundo, corre el peligro de transformarse en un enorme monstruo, temido y venerado en el momento actual, que lleva en sí la amenaza de destruir al hombre en su peculiaridad personal y hasta físicamente. Hemos desencadenado fuerzas capaces de exterminar muchas veces la vida sobre la tierra. Comparto lo que lúcidamente manifestaba Horkheimer, en su obra *Crítica de la razón instrumental* (1946), poco después de terminada la segunda guerra mundial: «Los avances en el ámbito de los medios técnicos se ven acompañados de un proceso de deshumanización. El progreso amenaza con destruir el objetivo que estaba llamado a realizar: la idea del hombre [...]. Si como ilustración y progreso espiritual entendemos la liberación del hombre de creencias supersticiosas en poderes malignos, en demonios y hadas, en el destino ciego —en una palabra, la emancipación del miedo—, entonces la denuncia de lo que hoy se llama razón ‘la razón instrumental o conocimiento científico-técnico’ es el mayor servicio que puede rendir la razón».

No es que las ciencias se hayan vuelto ciegas respecto a sus propios presupuestos, siendo incapaces de juzgarse a sí mismas. Sucede que lo son por la propia naturaleza de sus métodos, que las llevan a la investigación de lo parcial, a veces con enorme minuciosidad y precisión, y al simple dominio técnico. El abanico de las ciencias empíricas, las naturales y las humanas, irradia cada día sobre nuevas porciones de lo real. Pero cada especialista desconoce cada día más las otras ciencias. El diagnóstico de Ortega y Gasset no ha dejado de cumplirse. Existe el peligro de que el sabio-ignorante dirija nuestra sociedad, se imponga en el gobierno de las naciones y de las ciencias. Lo cual sería desastroso. Un agnosticismo y pragmatismo miopes dominarían nuestra cultura, nuestra sociedad y nuestras personas. Y de «qué le servirá al

hombre ganar el mundo entero, si arruina su vida» (Evangelio de Mateo 16,26). Quien quiera salvar su vida sólo con la ciencia y la técnica, la perderá. Desde la ciencia en sí misma no podemos hablar ni de libertad, ni de persona, ni de sentido absoluto, ni de amor, ni de belleza, ni de bien o mal moral.

En virtud de la ciencia no somos capacitados para juzgar sensatamente los otros campos de la cultura humana. Por fiarnos exageradamente de la ciencia, desatenderíamos el fundamento de todo saber posible, que es a la vez también el de los valores, el de la persona humana y de todas sus realizaciones. Y esto sucedería porque las ciencias empíricas, lo que hoy se suele llamar ciencia, no nos pueden orientar sobre la existencia humana y su destino. En este sentido las ciencias constituyen más el problema que la solución a los problemas radicales que nos preocupan. Por saber mucho de una cosa nadie tiene derecho a presumir de que todo lo sabe.

La superación de la barbarie

Una teoría de la ciencia que reflexiona sobre el sujeto que la hace, la persona, en cambio, puede aclarar los presu- puestos de las ciencias. Esta reflexión nos revela la restricción de objetividad que se da en las ciencias. El fundamento básico de la confusión a que conduce tal restricción está, como nos dice Gadamer, en la degeneración del concepto de *praxis*: en que nuestra era no conoce otra praxis que la aplicación de la ciencia. Nos vendría bien retornar a la tradición griega de la filosofía práctica, a fin de protegernos contra la autocomprensión técnica del moderno concepto de ciencia, que está cerrando el paso a otros tipos de praxis.

Pero nadie interprete estas afirmaciones como menosprecio. Podemos afirmar, con suficiente razón, que en las creaciones científicas va impresa, de algún modo, la huella de las personas humanas, lo mismo que en la naturaleza late el misterio, expresado bellamente por el místico Juan de la Cruz, de la huella de Dios:

Mil gracias derramando
pasó por estos sotos con presura,
y, yéndolos mirando,
con sola su figura
vestidos los dejó de su hermosura.

La ciencia empírica es uno de los más importantes logros de la persona humana. Hay que felicitarse, y no la-

mentarse, por sus grandes avances en los últimos siglos. La ciencia y la tecnología en sí mismas no tienen nada que ver con lo que se suele llamar «barbarie». Por eso no me he permitido titular este artículo «La barbarie de la ciencia y la tecnología». ¿Qué duda cabe? La ciencia está impregnada de valores éticos y estéticos. El afán de verdad, la aspiración al bien y la belleza resplandecen en las ciencias de la naturaleza y en las ciencias humanas. El materialismo no es un fruto inevitable del árbol de la ciencia. La barbarie no es la ciencia y la técnica, sino el convertirlas en instancia última de nuestra cultura, en el supervalorar ese nivel de conocimiento o racionalidad y de praxis.

El progreso científico-técnico como camino de plenitud humana, de liberación total, por tanto, ha resultado ser un mero espejismo.

Cuando vemos la ciencia como tarea de la libertad y de la inteligencia creadora de las personas, desaparece todo peligro de barbarie. Su influjo en nuestra cultura no tiene por qué ser perverso, empobrecedor. Merece ser considerada como una obra grande y noble, logro de un esfuerzo para comprender y dominar la naturaleza al servicio de la felicidad humana. Se abre la

posibilidad de una cultura más rica que todas las anteriores, abierta a toda la humanidad entendida como una comunidad de personas. Los avances técnicos que posibilita nuestra ciencia permiten una globalización eficaz de la solidaridad.

Los protagonistas de la historia son las personas. Mientras haya personas, y no sólo robots, habrá esperanza. Una cultura, enriquecida con todas las posibilidades que las personas han creado a lo largo de la historia, comprende las ciencias y las artes y las religiones y la filosofía sapiencial. Pues el poder transformador del mundo que los nuevos avances tecnológicos ponen en manos de los más emprendedores no puede aclarar, repito, el sentido de su orientación.

Una cultura digna de la persona humana apunta como instancia última hacia una filosofía sapiencial, que sabe de medios y de fines, que se pregunta por el sentido de la existencia humana y de todo lo real existente, que habla del fundamento y del sentido con modestia, consciente de que ahí nuestro saber carece de métodos sensibles de verificación, y que no es incompatible con la sabiduría cristiana. Divisamos tras el horizonte de las ciencias en todo su desarrollo, si fuese efectivamente realizable, un más allá, que es, a la vez, Fundamento y Sentido de la existencia personal. Un Fundamento y un Sentido, para cuya trascendencia las ciencias son ciegas, aunque desde ese más allá también ellas adquieren un papel beneficioso en nuestra vida.